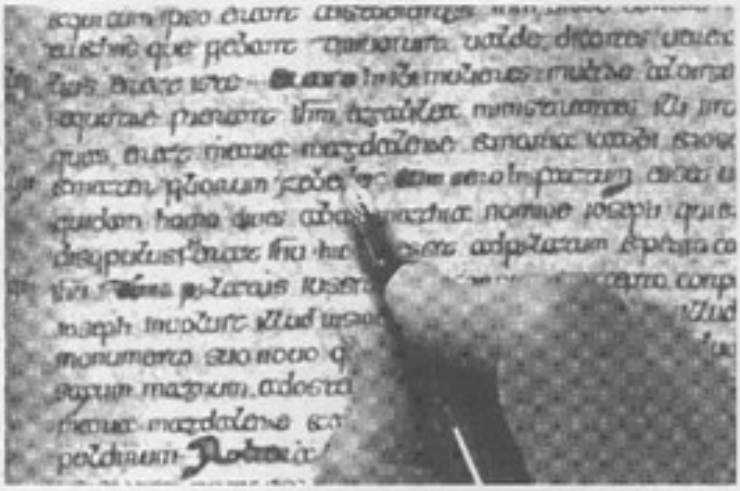
Perfiles y siluetas

409993

A 50 años de D'Halmar



Augusto D'Halmar murió a los 68 años, el 27 de enero de 1950. Entre sus múltiples méritos creativos, reconocidos en 1942 con el recién instaurado Premio Nacional de Literatura, introdujo, según Ernesto Montenegro, por primera vez, vida interior en la concepción sicológica de personajes en las letras nacionales. En opinión de Hernán del Solar, tiene una sola novela realista, "Juana Lucero" (1902), que hizo le llamaran el Zolá chileno, y toda su obra es valiosa, con lenguaje cercano a la perfección. "Lámpara en el molino", relatos, 1912, marca cambios. Viajero por Oriente, prosa del lirismo que da lugar a "Nirvana", 1918. En "La sombra de humo en el espejo", 1924, y "Mi otro yo", 1924, considerados libros principales, el autor toca con patetismo la angustia de la soledad, que sería su perenne compañera.

En "Pasión y muerte del cura Deusto", 1924, editada en España, señalada entre las mejores, Hernán del Solar deja constancia de un amor equívoco, que el autor trató acostumbradamente en su obra. Alone defiende a brazo partido "el valor expresivo, escenas y cuadros de primer orden y variedad de personajes y una vibración general de vida intensa, malsana si se quiere, de ningún modo vulgar". Quizá desde la suma de la producción generosa encuentra una adecuada vitrina para profundizar los alcances artísticos de D'Halmar y su cultura, es "El hermano errante", 1963, de Enrique Espinoza, antología y estudio muy completo, bien logrado. Le llamaban así en "Los Diez", grupo creado por el poeta y arquitecto Pedro Prado, que reunió a la pléyade creativa nacional de la época. D'Halmar y Fernando Santiván, con el pintor Ortiz de Zárate, crearon la Colonia Tolstoyana para poder vivir muy "lejos del mundanal ruido".

Hay rasgos que dan otro perfil del personaje. El me contó que de pequeño fue vecino del maestro Nicanor Plaza, y de cómo admiraba al autor de "La Quimera" -una maravilla escultórica premiada en París, en que fue modelo Adelita, su mujer, y el orgullo que sentía cuando podía pasear a su lado. Una mañana le propuso: -¿Irías conmigo a la ópera? No sólo asintió. Pasó el día imaginando la llegada al Municipal junto a un personaje tan célebre, de alto y elegante porte, mientras el público los miraba con deleite. Plaza vestía como parisino rico, mas esa tarde, cuando se iban, le pidió: -Augustito; ve a casa y trae mi poncho de castilla, porque la noche estará fría-. "Todo mi encanto y mi orgullo de niño desvanecieron", decía, aún apenado por no distinguir entre atuendo y valor real de los seres.

Si nació en Valparaíso, al morir hace medio siglo, él había dispuesto ser sepultado en Santiago, a raíz de una ruptura en un concurso literario de la municipalidad, en que eran jurados conocidas figuras de la zona. D'Halmar, gran sentido poético, eligió y se jugó por "Responso a la muerte de García Lorca", bellísimo, mientras el alcalde y un periodista votaban por una poetisa de alto vuelo. Era tal la calidad del primero —además garcialorquiano en música y forma, sin perder originalidad— que su autor, Oscar Castro, dado a conocer entonces, ingresó a las antologías, mientras don Augusto abandonaba el concurso y su ciudad. A la hora de su muerte quedaría en la tumba éste, su propio epitafio: "No vi nada, sino el mundo. Nada me pasó sino la vida". Según me mostró, reconciliado ya con el decano de la prensa nacional, aquel epitafio tenía una línea más, que al parecer decidió borrar. "¡Y qué poco es la vida...!".

De regreso en Chile, tras ejercer consulados y viajar por el mundo, trabajó en la Biblioteca Nacional y era carta puesta en las Escuelas de Verano de Viña del Mar, en cursos de oratoria, donde un año asistía como intencionado alumno, el que enseñó a hablar a muchos chilenos y a no pocos, escribir, Eduardo Blanco Amor. Orador finísimo, el español entonces residente en Buenos Aires, no perdía palabra y sonreía cada vez que el profesor aludía a su presencia. Un día, tal vez molesto porque en una conferencia sobre hablar bien, Eduardo criticó excesos retóricos, sin aviesa alusión a D'Halmar, pero éste creyó le estaba dedicada, dijo con intención, mientras miraba a quien veía como rival: "Dicen que doy muchas vueltas para enunciar ideas, pero también lo hace la abeja, de flor en flor, cuando se esmera en fabricar su más dulce y aterciopelada miel".

Aquella noche, a la hora de comer, alguien aludió a Blanco Amor y éste respondió: "Nunca he dicho tal cosa sobre un colega; lo que sí parece inaceptable es que haya gente carente de intimidad, a la que uno puede llegar a hacer, a propósito de sardeceres, una confidencia dolorosa: la muerte de la propia madre y escucha, que el otro inicia un relato de esta laya: "Cierto crepúsculo como éste, viajaba por el desierto con el sultán de Alejandría...". La llamada República de Las Letras siempre estuvo habitada por grandes hombres, que eran niños a la hora de dirimir, no talentos, sino cosas del amor propio.

Rodolfo Garcés Guzmán *

* Periodista

El Sur, Concepción, 2-II-2000 p. 3.

A 50 años de D'Halmar [artículo] Rodolfo Garcés Guzmán

Libros y documentos

AUTORÍA

Garcés Guzmán, Rodolfo, 1921-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

A 50 años de D'Halmar [artículo] Rodolfo Garcés Guzmán

FUENTE DE INFORMACIÓN

Biblioteca Nacional Digital

INSTITUCIÓN

Biblioteca Nacional

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile